

BAROJA, LA ARISTOCRACIA Y LA RAZA

Por Miguel PELAY OROZCO

En su libro más áspero, en su tremendo **Juventud, egolatría**, explicaba Baroja cómo se produjo su «reencuentro» con el país: «En Cestona empecé yo a sentirme vasco —confesaba paladinamente— y recogí este hilo de la raza, que ya para mí estaba perdido».

El hilo de la raza. Baroja solía impartir a esta palabra, raza —que años después a causa de las atrocidades nazis había de provocar en Europa y en el mundo entero reacciones muy encontradas y agresivas— cierta connotación aristocrática. Señalaba que en País Vasco no había existido aristocracia feudal y que la idea de hidalguía que hay en el país tiene un carácter moral y un tanto racista.

Pensaba que la nobleza vasca era una consecuencia lógica del aislamiento y de la pequeña propiedad rural; como la aristocracia feudal inglesa, francesa, alemana y eslava, tenía su origen en el latifundio. Esto mismo sucedería, a su juicio, en España. En el centro, Castilla y Andalucía, se daba una aristocracia poseedora de grandes propiedades territoriales, en contraste con lo que sucedía en Euzkadi, donde sólo había hidalguía, esto es, un concepto, más que social y decorativo, de fondo racista y psicológico.



Desde su refugio de «Itzea», donde realmente reencontró Don Pío «el hilo de la raza», nos habló de la hidalguía y aristocracia de su pueblo.

Para don Pío, en la hidalguía hay un hecho, mal conocido si se quiere, pero cierto, que es la raza. Por eso cuando el padre Larramendi indica que la nobleza no le viene al guipuzcoano de los reyes, sino que obedece a motivos puramente étnicos, es decir, a no haberse mezclado su población con judíos, moros, godos, etcétera, Baroja se solidariza sin reservas con afirmación del jesuita. Para Larramendi —y para Baroja también—, un zapatero o un labrador, con tal de ser guipuzcoano, podía ser tan noble como cualquier otro paisano suyo, por relevante que fuera la posición social o económica de éste.

Con relación a esta tesis del aristocratismo étnico sustentada por Baroja, hay una anécdota muy curiosa y de repercusiones quizá decisivas. Porque puede que, lo que hasta entonces no pasara de ser una inclinación vaga del médico incipiente y veinteañero que acababa de tomar contacto con su país, se convirtiera de repente en convicción profunda y definitiva.

La anécdota nos la ha narrado el propio don Pío y se refiere a su encuentro con el padre Coloma, en Cestona.

El jesuita era entonces el novelista de moda en España. Acababa de publicar su novela **Pequeñeces**, que

La estela en el prado ante «ltzea» es el recuerdo ofrecido a un hidalgo vasco por sus paisanos.

Pero, dejemos que sea el propio don Pío quien nos explique el lance:

«Díaz el médico, me presentó al padre jesuita con unos elogios un poco irónicos sobre mi carácter poco social y mis ideas levantiscas, que no podían ser agradables para el autor de **Pequeñeces**.

«El jesuita no estuvo nada amable conmigo, y yo imité su actitud.

«El Padre Coloma era un tipo clásico de judío. Había en Aragón unos Coloma que eran una familia de judíos conversos. Entre la aristocracia española ha habido, evidentemente, mucho elemento judío.

«Se habló después de la gente que estaba en el balneario, y no sé quién dijo aristocracia vascongada, refiriéndose a la condesa de Guaquí, pariente de la familia de Narros.

«— Realmente, yo creo que no se puede decir aristocracia vascongada —indiqué yo—. Guaquí debe de ser un lugar de América, y Narros tampoco es de aquí.

«— Ya se sabe que entre los vascongados no ha habido nunca aristocracia —dijo Coloma con desdén.

«— A mí no me duele nada eso —contesté—. Yo, de creer en algo aristocrático, creería en la aristocracia de la raza y en la de la inteligencia; pero pensar que el cuarto abuelo de uno le hubiera puesto una vez los calzoncillos o la casaca a un rey, no me produciría ningún entusiasmo.

«El padre Coloma me miró de reojo y luego volvió la espalda».

Hasta aquí el relato de don Pío.

El lector de olfato advierte en seguida que en la reacción del joven Baroja, al margen de una rebeldía y de un desabrimiento que luego constituirían en él rasgos muy característicos, hay un elemento marcadamente larramendiano. Obsérvese que en su respuesta a Coloma, asigna a la aristocracia española —y ello sin venir muy a cuento— una importante mixtura semítica que contrastaría con la «nobleza de sangre y linaje» de los guipuzcoanos, tantas veces mencionada por el padre Larramendi en su celeberrima *Corografía*.

Baroja, siguiendo a Larramendi, oponía a la aristocracia feudal, la de la raza. Concedía mucha importancia a esta cuestión y creía que había razas dotadas de interesantes peculiaridades y que poseían ciertas disposiciones que las demás no tenían.

Una prueba de que el tema de la raza lo consideraba vital es que en cierta ocasión y refiriéndose a determinado personaje por el que no profesaba ninguna simpatía dijo de él que era un tipo «étnicamente poco recomendable»...

Donostia, junio de 1983



constituyó uno de los mayores éxitos editoriales del siglo que estaba a punto de finalizar y que, unos años después, le llevaría a ocupar un escaño de la Academia.

Baroja habla con antipatía de Coloma. Dice que iba siempre en coche y que a menudo solía vérsese en un salón del hotel de Cestona, sentado en un sofá y rodeado de señoras ricas. Con su pluma cáustica lo describió como un pequeño Chateaubriand del Urola.

Hay que decir que a don Pío, el aspecto físico del jesuita le resultó desde el primer momento desagradable. Alguno pensará que ello pudo deberse a la condición religiosa del escritor jerezano. Tal vez, pero yo no lo creo. Esas cosas las superaba don Pío y ha habido en todo tiempo curas que le han caído bien. No hay más que recordar su estimación por don José Miguel Barandiaran. Lo que advirtió inmediatamente con Coloma fue su aspecto de judío. Y el que ha seguido un poco a Baroja sabe que, prejuicio por prejuicio, éste de la raza sería siempre en él más decisivo que el de su anticlericalismo.